

EL CUERPO INTERVENIDO

ALUMNA: MILAGROS KLAPPENBACH

PROFESORA: GEORGINA GLUZMAN

Las mujeres se turnaban para hablar con el fin de asegurarse de que se oyera a todas _ Bell Hooks (p. 30)

Una vez, Sebas me dijo que mamá es como un caballo, alguien que siempre va a llevarte a donde necesites, que va a galopar y galopar y galopar y no va a frenar a menos que vos se lo pidas. Si uno fustiga demasiado a un caballo, termina por explotarle el corazón.

Cuando le agarraba el cansancio en la oficina, mamá iba a su auto, manejaba un par de cuadras, estacionaba en alguna calle, reclinaba el asiento y dormía. Es que, Mili, no entendés, no puedo más, no puedo sostenerme en pie, es un cansancio visceral, me dijo una noche. La oscuridad manchaba las ventanas del departamento. Mientras caminaba, el ruido de sus tacos retumbaba en el pasillo y me hacía acordar a cuando era chica y la esperaba tirada en la cama leyendo algún libro, Mujercitas, La cabaña del Tío Tom, Los cinco, cualquiera que estuviera disponible en la biblioteca del colegio. El ruido de sus tacos era como llegar de vuelta a casa. Todos los días, yo volvía dos veces: una después del colegio y otra cuando mamá hacía sonar sus tacos. Ya lo sospechaba. El departamento estaba incompleto, tenía una falla de fábrica, algo así como que mamá era un engranaje necesario para que la palabra hogar sonara convincente y, entonces, mientras ella no estaba, nosotros tampoco.

Mamá siguió su cuento. Resulta que, esta vez, la habían despertado unos golpes en la ventana. Abrió los ojos y vio a unos policías asomados, mirándola desde afuera. Bajó el vidrio y le preguntaron si estaba bien. Un vecino la había visto inconsciente y había llamado preocupado a avisar que una mujer se había muerto en el auto. Pasé a ser eso, me dijo mamá, un cadáver que no tiene dónde descansar en paz. Se había sentado en el escritorio de su cuarto y miraba su reflejo en la pantalla de la computadora apagada, la cara apoyada en la mano. En la ventana al lado suyo, se veía el brillo de la luna volcado sobre los edificios.

Cansancio crónico. Convivo con este diagnóstico de mamá desde una edad en la que no sabía lo que significaba crónico. Que dura para siempre, me explicó ella: mi cansancio ya es estructural, no importa si duermo dos o doce horas, voy a seguir cansada. Con los años entendí que el cansancio crónico es una piel blanca llena de cráteres y unos ojos pesados. Es una sonrisa que siempre cuesta trabajo, una memoria tipo colador. Es un pastillero lleno de remedios para el corazón, para el estómago, para la presión. Pero, más que nada, es un sueño-nieve que cubre todo: las reuniones, la autopista, las caras. Con las rutas nevadas, las neuronas bajan la velocidad, chocan, vuelcan y dejan de funcionar. Mi mamá siempre estuvo en ese plano distinto, alejado, que inaugura la caída de la nieve en la punta de una montaña. A mí me crió una mujer tapada por una nube.

....

De cuando papá vivía en casa, solo me acuerdo de la tele. La tele que a él le gustaba. Partidos de fútbol, policiales, programas de chimentos, programas de juegos, investigaciones de crímenes, análisis políticos, noticieros del tipo “tres víctimas fatales en un choque en Panamericana” o “una jubilada golpeada violentamente por un ladrón” o “extranjero asesinado en Puerto Madero”. En esa tele intuí la muerte por primera vez: la foto de una chica de ojos grandes y negros, la piel pálida, ninguna marca de miedo, de tristeza, solo eso, la cara de una chica posando en frente de una pared blanca un tiempo atrás, en otra línea temporal distinta a esta, a esta en la que la habían violado y matado.

Papá cambiaba de canal compulsivamente, una birra en la mano, el control en la otra. En la pantalla, la cara de la chica que aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía. Ella tenía 6 años, igual que yo. De repente aparecía la mamá de párpados hinchados y voz desinflada llorando encima de un micrófono, que mi hija, que yo solo espero que se haga justicia por mi hija. Y después la cara de la chica volvía a aparecer.

Mamá daba vueltas por los cuartos: le cambiaba el pañal a Tito, obligaba a Tadeo a bañarse, lidiaba con el berrinche de Luján, se fijaba que José no se escapara al balcón. Amparito ponía la mesa en la sala de al lado. Desde el living, escuchaba el ruido de los platos chocando con los cubiertos. De la cocina salía un olor a pollo, pero yo no tenía hambre. Había desbloqueado un nuevo nivel de vida, un cachito de realidad, la sensación de que el estómago se dobla sobre sí mismo. Lo miré a papá: la luz artificial de la televisión lo empapaba en diferentes colores. Chupaba el escapulario de plata que usa hasta el día de hoy, el que tiene un nudo en la cadena que nunca pudo desarmar. Cuando lo chupaba, largaba un ruido, como un chico que absorbe un helado. Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos.

.....

De chica, papá se encargó de que me criara en un ambiente propiamente católico. Colgó cruces y Marías en todos los ambientes a modo de cámaras. En esos cuartos de frazadas floreadas y vírgenes con garras que sostenían a bebés, desarrollé la sensación de estar siendo espiada todo el tiempo. Papá también compró libros y películas de santos que llenaron la biblioteca de la casa y nos prohibió algunos programas y novelas porque contenían sexo o mujeres demasiado rebeldes: Casi Ángeles, Los Simpsons, Tinelli, Crepúsculo, Orgullo y Prejuicio. Cuando aparecía una escena erótica, agarraba el control y la salteaba en silencio.

Casi nunca habló de sexo o, si hablaba, lo hacía con tono de velorio, como si se tratara de un mal necesario. En mi familia paterna, se usa tono de velorio para todo lo que tenga que ver con las rebeliones del cuerpo, como cuando papá y mi abuela me decían “vos tenés que cuidar ese cuerpito. Es tuyo y tenés que cuidarlo para el matrimonio”. Papá, especialmente, no se cansaba de repetirlo en cualquier lado, cuando salíamos de misa, cuando estábamos en el super, cuando íbamos al cine.

Parecía querer desplegar el pudor como una pancarta y exponerlo en todos los lugares públicos, marcarlo gigante en mi frente, igual que con las cruces invisibles que nos dibujaba con el pulgar a modo de despedida.

Durante años, nos prohibió a Luji y a mí los bikinis y la ropa ajustada. A los trece, mis amigas iban a las matinés con calzas de estampados llamativos que se prestaban entre sí mientras yo seguía usando los mismos pantalones verdes de gamuza. A mamá también le criticaba las calzas. No me gusta que salgas así, le decía cuando la veía con una. Al principio, mamá obedecía y se cambiaba.

- Era una estúpida -me confesó hace poco-. Al final ya ni le hacía caso. Salía con la calcita igual.

Una frase muy típica de papá es “poco femenino”. Sentarse con las piernas abiertas: poco femenino. Usar malas palabras: poco femenino. No depilarse: poco femenino. Luján y yo hacemos las tres, y eso lo vuelve loco. “Yo no las críe para eso”, dice enojado cuando puteamos en la mesa o levantamos una pierna. Y tiene razón. De chicas, siempre nos ponía ropa celeste, blanca o rosa. Una mala palabra era corregida con una mirada amenazadora o directamente con un chirlo. Papá insistía con que la mujer es delicada, vulnerable. A los casamientos, mis hermanos iban con camisas y pantalones. Nosotras, en cambio, íbamos con vestidos y con lunas vinchas de flores.

...

De joven, mamá estaba segura de que iba a estudiar Letras y Asistencia Social, pero una orientadora vocacional la convenció de que Derecho era mejor, que de alguna forma condensaba sus dos pasiones.

- La verdad es que me desorientó - me dijo el otro día mientras metía la bombilla en la yerba del mate. Podía ver perfectamente el contorno de su cara contra la luz que entraba por las ventanas de la cocina-. El mundo corporativo es una aspiradora. Chupa todo, todo, cualquier creatividad, todo.

Cuando yo era chica, papá se cambió muchas veces de trabajo. O porque volvía de noche y mamá no podía sola con todos nosotros o porque no le gustaba lo que hacía. Esos años, ella fue la estabilidad económica y emocional de la casa. Había conseguido un trabajo en una multinacional dedicada a la producción de bebidas, un trabajo que no le gustaba pero en el que pagaban bien. Con cinco hijos chicos y un marido que saltaba de empresa en empresa, que no volvía hasta tarde y le dedicaba más tiempo a su laburo que a cualquier otra cosa, sus sueños de convertirse en asistente social o escritora estaban juntando polvo en la baulera, un piso bajo tierra.

Ella cambiaba pañales, organizaba los horarios de la casa, iba a las reuniones del colegio y del jardín, se encargaba del chat de mamis y de las visitas a los médicos, coordinaba los talleres extracurriculares de los 5, baile, hockey, fútbol, guitarra, piano, rugby, canto, nos llevaba a los partidos de los sábados, negociaba el salario de las dos empleadas domésticas y, además, trabajaba como una esclava para su empresa. En un par de años, su matrimonio se había transformado en un monstruo de mil caras que exigían, demandaban, sacaban por todas partes.

A veces, mamá nos llevaba a su oficina para pasar más tiempo con nosotros. En las paredes había unas estanterías llenas de libros gordos de la revista jurídica *La Ley*. Lo primero que hacíamos cuando llegábamos era buscar papel y biromes para distraernos dibujando mientras ella trabajaba. Era su manera de mantenernos en silencio.

En ese momento, su jefe se estaba por retirar, y ella era la clara sucesora. Nadie lo negaba: no solo era la más preparada, sino que ya ejercía el papel de mano derecha. Organizaron una reunión para determinar quién sería el próximo jefe de legales. Mamá estuvo presente como una de las posibles candidatas, así que escuchó perfectamente cuando la directora de Recursos Humanos dijo que ella no iba a poder hacerse cargo del puesto por tener 5 hijos. Terminaron contratando a un hombre para la posición, un abogado que, además de arrogante, tomó una serie de pésimas decisiones. Mamá decidió irse de la empresa. Quizás era momento de dedicarse a otra cosa, a escribir, a cantar. Estuvo varios meses buscando su vocación. Retomó sus clases de canto. Yo la escuchaba desde el piso de abajo mientras vocalizaba con el teclado que traía su profesora. Mis amigas la escuchaban por el pasillo y me decían: “qué lindo canta tu mamá”. Pero la plata de la indemnización se fue rápido, y a mamá no le quedó otra opción más que aceptar un trabajo como jefa de legales en una multinacional que producía lácteos.

En esa empresa, mamá se topó con la lógica fálica de las mesas de directorio: hombres de corbata que compiten por mostrar quién la tiene más grande. Pero ella ni siquiera tenía una. Entonces tuvo que buscar otras estrategias, hacerse las uñas regularmente, usar escotes, comprarse tacos que hacían mucho ruido cuando caminaba, reírse fuerte, muy fuerte, de los chistes de los demás, trabajar horas extras para compensar el hecho de que era una mujer avanzando en un territorio masculino.

Se convirtió en una especie de líder maternal. La gente la buscaba para desahogar sus penas, llorarle el escritorio, y ella los escuchaba con paciencia.

- ¡Es un desfile mi oficina! -Se quejaba en casa-. ¡Un desfile de gente quejosa!

Toda mi vida pensé que era porque mi mamá tiene vocación de psicóloga. La gente se le abre, le confía su vida en un par de minutos. Una vez fue a cobrar las multas del auto, por ejemplo, y se hizo

tan íntima de la chica que la atendió que, al final, ella le perdonó casi toda su deuda. Pero con el tiempo me di cuenta de que no era eso.

Hace un par de años, fui a una charla organizada por Andamio 90, mi escuela de teatro, llamada “Las mujeres en el teatro de la Ciudad de Buenos Aires”. Habían convocado a cuatro referentes femeninos del mundo teatral para discutir sobre las dificultades de ser mujeres en un espacio dominado por hombres. Entre ellas estaba la ex subdirectora del Teatro Nacional Cervantes, una mujer con unos rulos eléctricos que se estiraban para todas partes, como queriendo ocupar la mayor cantidad de espacio posible. Cuando le pasaron el micrófono, se puso a hablar sobre lo que implicaba ser madre en un puesto de liderazgo. Una de las principales cosas de las que se quejó fue de que todo el mundo le iba a llorar a su escritorio. Ella explicó que, en esta sociedad, maternal no significa tener hijos, sino que significa ser empática, tierna, comprensiva, y que, por eso, antes de recurrir a un hombre, los empleados recurrían a ella. También explicó el gran sesgo que esta concepción de lo materno conlleva a la hora de juzgar las acciones de un padre y una madre: la mujer que pasa a buscar a su hijo del colegio solo está haciendo su trabajo; el hombre que pasa a buscar a su hijo del colegio es un superhéroe.

- Ser mamá en un puesto de liderazgo es visto como una debilidad -dijo-. Yo decía que iba a pasar a buscar a mis hijos y mis compañeros directamente veían a una madre chupada por las responsabilidades del hogar, una mujer poco profesional.

A veces, en primaria, mamá llegaba tarde a buscarnos del colegio. Esos días, la directora nos cambiaba de lugar: en vez de la puerta grande de Thames, nos mandaban a la más chica de Guatemala porque ya todos los otros alumnos se habían ido. Yo agarraba algún libro y me tiraba a leer apoyada contra la columna blanca. Miraba a la puerta seguido y hacía fuerza para que llegara lo antes posible. Contaba uno, dos, tres, esperando que apareciera, pero después del tres solo venía silencio, así que volvía a contar pero esta vez hasta cinco. No quería volver a desilusionarme tan rápido. En un momento, escuchaba el ruido de sus tacos en la vereda. Mamá entraba con una sonrisa, pedía perdón, explicaba que se había quedado atrapada en el tráfico de microcentro y nos acompañaba hasta el auto. Antes de subir, nos daba un beso y un abrazo a cada uno. Por un segundo, enterraba mi cabeza en su saco y sentía su olor a perfume, un olor fresco, de menta.

Cuando terminó la charla de mujeres en Andamio, salí directo a la calle. Llovía. Cerré mi campera y empecé a caminar las 6 cuadras hasta mi casa. Enseguida, tenía las zapatillas y el pelo empapados. Aproveché un semáforo en rojo para protegerme abajo del techito de un Galicia. Mientras miraba las luces de los autos reflejadas en el asfalto húmedo, me pregunté: ¿qué tan caro le habría costado a mamá escaparse antes del trabajo para pasar a buscarnos?

...

Mamá finalmente se fue de su empresa después de trabajar casi 10 años. “No aguanto más”, decía ya para el final, “me estoy volviendo loca. Literalmente, es una picadora de carne”. Estaba ahí antes de las 9 de la mañana y no volvía antes de las 7 de la noche. Siempre tenía kilos de trabajo pendiente, llamadas a cualquier hora, vacaciones interrumpidas. El laburo atrasado era su peor karma, un fantasma que aumentaba de tamaño cada día. Así que se fue, pero a otra empresa multinacional. La contrataron como jefa de legales porque no tenían ninguna mujer en la mesa de directores, y eso en los nuevos tiempos no quedaba muy bien.

En todas sus empresas ella fue una infiltrada, una excentricidad: una mujer que hacía mucho ruido. Desde adentro, empezó a cambiar la lógica. Tenía el poder de contratar, y lo usaba para darle trabajo a casi todas mujeres.

- Pero no porque quiera compensar, sino porque las chicas laburan mejor -me explicó una noche mientras colgábamos la ropa en el tender-. No sé a qué se debe, pero es un dato. Fijate los abanderados del colegio. Siempre la mayoría son mujeres. Este año, sin ir más lejos, son todas, las 6, mujeres. Eso no es casualidad.

- ¿Quizás es que sentimos más presión? Digo, si por el mismo trabajo que un hombre ganamos menos plata y menos reconocimiento, entonces tenemos que estirarnos un poco más, ¿no?

- Puede ser, puede ser -me contestó. Agarró un calzoncillo de los chicos y lo dio vuelta para después colgarlo en una de las tiras.

Su departamento terminó siendo el que más mujeres tenía de la empresa, tanto que el jefe le pidió una foto con ella y “sus chicas”. En la foto, mamá está posando en el patio de su oficina al lado de otras 6 empleadas. En el medio, el jefe: un pelado, petizo, de hombros anchos, que mira a la cámara con el sol que le achina los ojos. Ese era el mismo jefe que constantemente le decía todo tipo de comentarios incómodos mientras mamá sonreía haciéndose la tonta. Cada noche venía y nos contaba la desubicación del día, cosas sutiles, pero que, sumadas, creaban una situación extraña: que le había dicho que no le gustaba que usara tacos porque ella quedaba más alta; que él decía que ella era su preferida; que en la fiesta del trabajo, la había buscado específicamente para sacarla a bailar.

- ¿Y no podés decirle nada? -le preguntó mi hermana.

- ¿Qué le voy a decir? ¿Sabés la cantidad de veces que me hice la boluda en el laburo? Antes no había nadie al que recurrir. Por suerte, eso ahora está cambiando. Pero hasta me han llegado a acosar por mail y yo tuve que hacerme la boluda porque sino me echaban a mí, no a él.

- ¿Cómo? -le pregunté.

- Sí. Es más, todavía debe seguir estando el mail. Era de un hombre con el que trabajé un par de veces a lo largo de los años. Siempre me miraba demasiado. Una noche, después de una reunión, me mandó un mail que decía “qué lindo te quedaba ese jean”. Y ¿qué podía hacer yo? Tenía cinco hijos que mantener, no me la podía jugar. Así que me callé -dijo y tomó un trago de Coca. Mi hermano José estiró el brazo y le apretó el hombro. Todos los demás nos quedamos mirando nuestros platos en silencio.

Es por estas cosas que mamá siempre dice que falta, falta para convertir las empresas en un ambiente propicio para que las mujeres crezcan, falta que los hombres se involucren más en la crianza de los hijos y en las tareas del hogar, falta que los hombres se dejen liderar por mujeres, falta, falta, falta. Por eso tantas dejan en el camino, dice con lástima.

- Yo quise dejar muchas veces, lloraba porque no podía más del agotamiento. Pero siempre que me sentía derrotada pensaba en ustedes -me dijo una vez-. En vos y Luji. Pensaba en que quiero un futuro mejor para su generación, y que abandonando no lograría nada. Y así llegué a donde estoy hoy.

- ¿A un burnout? -le pregunté.

- No, tontita. A estar entre los líderes de una empresa y ser madre al mismo tiempo -lo dijo y se quedó tildada, mirando a la mesa, sonriendo.

Muchas veces le pregunté si se arrepentía. De haber estudiado lo que estudió. De haber tenido tantos hijos. De haberse casado con papá.

- Yo no me arrepiento de nada, porque la vida me sacó muchas cosas, pero me dio a ustedes, y por eso no me puedo quejar -contesta una y otra vez.

Todavía tiene los cuadros de su casamiento colgados por la casa, incluso aunque se separaron hace más de 10 años. Ella con un vestido blanco caminando con su hermano hacia el altar. Ella sola, el velo que le cae por la espalda. Ella y papá cortando una torta de varios pisos. Dice que nunca las sacó para que nosotros veamos que en algún momento estuvo realmente enamorada; que ella y papá en algún momento tiraron del mismo lado de la soga.

Mamá creía en la pureza, en un vestido blanco que no fuera de mentira, en un matrimonio que durara para siempre. Tenía 26 años, y solo había salido unos 6 meses con papá. En esa época, ella también era una católica profesional: iba a misa todos los días, daba clases de catequesis en villas, se abstenía de la comida, del alcohol. Llegó a vivir en un convento por una semana considerando convertirse en monja. El novio de ese momento la acompañó hasta allá. Se dieron un beso y ella lo saludó con la

mano mientras lo veía alejarse por la calle con el auto. Pero a la semana salió del convento convencida de que ser monja no era lo suyo.

....

Mis papás se casaron en la Iglesia del Pilar, la misma en la que 27 años antes se habían casado mis abuelos maternos: Roberto y Meme. Pero, a diferencia del de mis papás, su casamiento había sido muy chico, porque los papás de ambos lo desaprobaban. En las fotos, fotos en blanco en negro con manchas que salpican las caras y se hacen pasar por moscas o lunares, solo se ve a los testigos, al cura y a ellos. Los dos parecen actores de Hollywood: Meme alta y rubia, con ojos egipcios y pómulos que se levantan como montañas; Roberto alto y trabado, el pelo oscuro peinado con gel, la cara llena de ángulos, la piel bien quemada.

Cuando se conocieron, Meme tenía 18 años y quedó obsesionada con este tipo tan carismático, un mujeriego compulsivo que miraba a los ojos y se llevaba el mundo puesto con una sonrisa.

- Ella rajaba la tierra, podría haberse conseguido al más millonario de los millonarios, pero no pudo con papá -me dijo mamá una noche después de comer.

Fumaba un cigarrillo sentada en la mesa del comedor. Estábamos solas. La luz baja del farol le acentuaba la sombra de la nariz e iluminaba el humo que flotaba entre las dos.

- Fueron y vinieron durante 10 años -agregó-. Después cortaron, aunque se siguieron viendo a escondidas. Él empezó a salir con otra mujer, una tal Laura, hasta que Meme lo citó y le dio la noticia del embarazo. Para mí igual que no estaba embarazada, sino que ella le mintió para retenerlo y se embarazó después de casarse.

Largó otra viñeta de humo mientras golpeaba la punta del cigarrillo contra el cenicero.

- Lo que vino ahí fue el mismísimo infierno. Meme se emborrachaba y nos mandaba a mis hermanos y a mí a espiarlo a papá que salía con cada gato. Después se puteaban, se empujaban. Meme le agarraba sus trajes de Gucci y Etiqueta Negra y se los tiraba por la ventana, Roberto corría desesperado a buscarlos a planta baja.

Mamá hablaba e imitaba la secuencia: tiraba trajes invisibles, se agarraba la cabeza como capturando la reacción de mi abuelo.

-Roberto a veces tenía plata, a veces no tenía nada. Dormía con un chumbo en la cama. Perdía todo en las apuestas, y Meme lo cagaba a pedos. Cuando empezaban a pelear, tu tío y yo corríamos a escondernos abajo de la mesa de la cocina.

Me los imagino abrazados a las piernas flacas. Dos pares de pies asomados por abajo de un mantel de flores opacas. Alrededor, cosas volando, rompiéndose contra las paredes, los vidrios de un florero rebotando en el piso.

-Me acuerdo perfecto, la última pelea, Roberto le revoleó la puerta a Meme, le golpeó la cara y ella se cayó de espaldas. Ahí lo echó de la casa y no lo dejó entrar nunca más. Meme tenía carácter, se defendía.

Se quedó callada por unos segundos mientras prendía otro cigarrillo. El fuego del encendedor se reflejó en sus ojos cuando lo acercó a la cara.

- No hablé con él durante mucho tiempo porque mamá me llenaba la cabeza en su contra. Él tampoco hizo nada para acercarse, ¿viste como es? -hizo otra pausa para fumar-. Recién años más tarde, cuando vos y Luji ya habían nacido, lo volví a ver de casualidad en un casamiento de un primo. Él ya estaba casado con Lidia, pero todavía no se habían mudado a Mar del Plata. Me acuerdo de que a ustedes las había vestido iguales, con un vestidito rosa de flores azules y una vincha celeste. Yo las sostenía a cada una de una mano, y él se quedó duro, mirándolas como un tonto.

- ¿Y qué pasó entonces?

- Decidí perdonarlo. Por ustedes. Quería que tuvieran un abuelo. Yo también quería un papá, o lo máximo que Roberto puede parecerse a un papá. Pero siempre lo tuve a un brazo de distancia. Es difícil, ¿sabés? Lidiar con una persona así.

Mamá se quedó fumando sola en la cocina. Yo fui a mi cuarto, me tiré en la cama y me quedé un rato mirando el techo. Roberto siempre había sido mi abuelo preferido, y yo su nieta preferida. De chica le decía que quería que él fuera mi padrino, no Jero, sino él.

Miré por la ventana. La luna brillaba arrugada y chiquita, parecía una pasa de uva. Cerré los ojos y, con las manos, los arrastré para abajo. Al final de día, todo se resumía en esto: en mi familia hubo mujeres violentadas y hombres violentos, mujeres cansadas y hombres que después del trabajo miraban horas de televisión, y a todos los quise y a todos los odié un poco.

...

Después de separarse de mi abuelo, Meme empezó a salir con otro hombre, un aristócrata francés que la mantenía económicamente. Mi abuela había sido maestra jardinera, pero ejerció muy pocos años. No volvió a trabajar una vez que tuvo a mi mamá y a mis dos tíos. Mamá dice que no se acuerda qué hacía Meme todo el día. Probablemente estaría tirada en el sillón, chupando, eso dice. Era súper coqueta: usaba minifaldas, vestidos ajustados, tacos, se maquillaba hasta para estar en la casa. También era infiel. A la tarde, cuando el novio se iba, Meme dejaba entrar a otro hombre y lo echaba antes de que anocheciera.

Mamá cree que todo su orden, su toc, su religiosidad, fueron necesarios para sobrevivir en ese caos. Ella era perfección. No había espacio para otra cosa. El lugar de la rebelde lo tuvo siempre Sol, su hermana menor. Desde chica que salía con famosos drogadictos, volvía a cualquier hora de la noche, chupaba. A los 17 quiso casarse con su novio, y como los papás no los dejaron, se quedaron embarazados para conseguirlo. Así fue que, en quinto año de colegio, terminó casándose y pariendo a mi prima.

Sol formó con dos amigos un grupo de arte, y durante años expusieron en galerías alrededor de Argentina y el mundo. Entre sus series había una erótica con figuras hechas de galletitas: dos mujeres chapando, una adolescente haciéndole un pete a un hombre, una pareja cogiendo. Me enteré de esto hace un par de años, cuando el libro de la exposición apareció mágicamente en el living de casa. Mamá lo había puesto sin decir una palabra. Antes, nunca nadie lo había mencionado.

De chica, de vez en cuando iba al departamento que Sol compró después de separarse. Tenía muchos Budas obsesos y sonrientes y angelitos con alas de algodón por los cuartos. El olor a sahumero estaba impregnado en los sillones, en la ropa de mi tía y la de mi prima. Siempre pensé que ese olor venía del chico de piel azul pintado en un cuadro que colgaba arriba de la mesa del comedor.

- Es un dios hindú. Nació azul porque de esa forma mostraba que era un dios -me explicó Sol un día.

- ¿Y qué tiene que ver con Jesús?

- Son el mismo, Mili. Dios se muestra de muchas formas distintas.

Papá después se enojaba. Decía que no, que Sol estaba loca, y que el hecho de que comiera solo plantas y licuados con gusto a pasto lo demostraba. Es un dios pagano, así me decía, y yo creía que no había nada más raro que creer en un chico que había nacido azul. Pero Sol se mantenía firme con sus comidas vegetarianas y sus discursos de que dios está en todos y ama a todos, y de que cada uno puede hacer lo que quiera.

Mi tía era la libertad, la exploración, ese mundo que mi papá trataba de mantener afuera de la casa como si se tratara de ratas. Por lo menos eso era hasta que conoció a John y se fue a vivir a Los Ángeles

con él. Yo estaba en cuarto grado cuando se casaron. Desde entonces, solo la volví a ver tres veces: una que vino de visita y otras dos que viajamos para Estados Unidos. En todo este tiempo, tuvo otros 6 hijos con John. Para la última vez que fuimos, ya casi ni salía de su casa. Nos contó que hace años que no tocaba un pincel. El otro día entré a su perfil de Instagram y vi una foto de sus hijos con el pie de "What life is really about". Se la pasa entre pañales y papillas y chupetes y juguetes y está bien que sea así, ¿no? El feminismo es poder ser lo que queramos. Pero siempre pienso que la Sol de la serie erótica ya no está más. Se perdió en algún avión entre tantas idas y venidas.

...

Meme fue la que descubrió el secreto de mi tío. Tuvo lo que se dice una intuición. Aprovechó una semana que Jero se había ido de viaje para obligarla a mi mamá, que todavía vivía con ella, a revisarle todo el cuarto, abrirle los calzoncillos y tantear adentro de sus zapatos, hasta dar con las cartas firmadas por un hombre. Desde ese día, mi tío tiene prohibida la entrada a su casa. "Acá mando yo, y no entran maricones", dijo mi abuela. Solo después de que mamá insistiera, accedió a pagarle un departamento, pero nunca volvieron a dormir abajo del mismo techo.

Hace años que Jero sufre de depresión. Mamá es la que lo cuida. Él le manda un mensaje de despedida y ella sale corriendo a rescatarlo. Casi no sale de su casa. Se la pasa con su gato arisco y sus sahumeros que tapan el olor a pucho y sus películas de Gaspar Noé.

Después de encontrarlo una noche en su departamento con una sonda colgando del brazo y los sueros para el suicidio en el freezer, mamá se cansó. En el momento solo pudo romperlos y vaciarlos en el lavamanos. Jero la miraba y caminaba en silencio, la sonda todavía enganchada. Esa semana se propuso aprender a soltar los problemas de su hermano. Si se quería matar, que se matara, era su decisión. Pero a la semana, él le mandó otro de sus mensajes de despedida, y ella salió corriendo de nuevo a salvarlo. Como siempre, volvió un poco más consumida, un poco más flaca.

Recién en la secundaria entendí que mi tío era gay. Cuando era más chica, en mi casa nunca se habló de sus parejas o de su orientación. Era un secreto de adultos. Papá incluso le tenía prohibida la entrada al que fue su novio. Yo ni siquiera supe que había tenido un novio hasta hace un par de años, después de que mamá blanqueara toda la situación.

El año pasado, fuimos a comer a lo de papá por Navidad. Estábamos comiendo un pavo que Sofía había preparado. Las plantas del balcón casi ni se veían en la oscuridad.

- Yo respeto mucho a los gays. Tengo un montón de amigos gays – dijo papá en un momento mientras tomaba un trago de vino.

- ¿Cómo cuáles? -le preguntó Luji.

Él la miró, después miró para abajo y, sin contestarle, agarró su escapulario y empezó a chuparlo.

...

Mis abuelos paternos eran del Opus Dei, una organización de católicos ortodoxos. El Opus se opone a muchas cosas que forman parte de la vida moderna, como los bikinis, los preservativos, el sexo antes del matrimonio y las mujeres independientes.

Mis abuelos paternos se casaron de jóvenes y enseguida se dedicaron a la fabricación de un feto. Mi abuela tenía 19 años, un apellido de aristocracia y un entrenamiento meticuloso en la cocina. Un año estuvieron buscando un hijo, pero cada mes, la sangre manchaba la bombacha de mi abuela y ella lloraba porque pensaba que era infértil. Iba todos los días a la iglesia, se arrodillaba en las maderas que crujían, juntaba las manos y rezaba por un hijo. Finalmente, llegó el tan esperado atraso, las tetas hinchadas, la panza que crecía, se estiraba hacia afuera, y con ella, el alivio de mi abuela iba ganando espacio. Ella se encargó de comprar la cuna de madera, de tejer los gorritos y los zapatitos y la ropita para el bebé, comprar las mamaderas y el chupete. En la casa de campo, lo esperaba a mi abuelo tejiendo y rezando, el horno prendido, la mesa preparada.

Después de nueve meses, nació mi tío mayor. Al año siguiente nació Tomás. Y después Santiago. Y después Cata. Y así siguieron naciendo los demás. La panza de mi abuela ya crecía de manera automática y los bebés resbalan al mundo. En total, mi abuela tuvo 17 hijos. Ni mellizos ni gemelos ni trillizos ni nada. Uno por uno. 17 partos. 17 llantos de recién nacidos que rebotaban por los pasillos del hospital.

Mi abuela se dedicó a parir. Se profesionalizó en traer hijos al mundo, al punto de que las paredes de la vagina le quedaron tan sueltas que tenían que cosérselas en cada nuevo embarazo para sostener todo en su lugar. También se dedicó a cocinar y a tejer. La suya fue una crianza de marfil, al estilo de la aristocracia de la Edad Media: paría a los hijos y los ponía en manos de una empleada o de alguna hija que ya fuera lo suficientemente mayor. Así, los hermanos criaban a los hermanos. Mi abuelo, en cambio, trabajaba en el campo. Salía bien temprano a la mañana y volvía de noche con la cara tostada y olor a vaca. Cuando era necesario, imponía el orden entre sus hijos con el cinturón.

Encontré una foto de mi papá con los 14 hermanos que vivieron. En un lado están las mujeres, la mayoría vestidas con polleras largas -y bastante anacrónicas para los 90-; en el lado opuesto, los hombres con pantalones largos y camisas; y en el medio, el cura, como si la relación entre el género femenino y el masculino solo pudiese estar mediada por la religión. El cura es Felipe, el hermano mayor. Además de ser el orgullo de mi abuela, él es el que oficia en todos los casamientos, bautismos, primeras comuniones y hasta primeras confesiones de la familia. Me acuerdo de que, cuando di la

primera confesión con el colegio, tuve que ir a un confesionario diferente al de mis amigos. Adentro me esperaba José con una sotana que no disimulaba su condición de tío. Tuve que arrodillarme enfrente con las rodillas que aplastaban mi pollera cuadriculada y contarle mis pecados para que él después levantara la mano a unos centímetros de mi cabeza, dijera una oración y me mandara a rezar un avemaría como penitencia.

Lucía, mi madrina, era la rebelde de la familia. En la casa de mis abuelos, estaba prohibido cualquier tipo de ropa provocativa, así que Lucía desarrolló una técnica para usar lo que quería: escondía ropa de fiesta en el tacho de basura afuera del departamento. Salía vestida de una manera “aceptable”, con polleras largas y remeras sin escote, pero se cambiaba rápido en la parte del ascensor del servicio a una ropa más moderna. Llegó el año en el que se animó a comprarse un par de bikinis. Mi abuela intentó discutirle, pero cuando vio que Lucía no cedía, se calló. A la noche siguiente, mi tía llegó a su cuarto para encontrarse con todos los bikinis cortados en pedacitos. Mi abuela, ayudada por mi tía Cata, los habían destruido con un par de tijeras.

Con los años, Lucía se casó con un hombre de un colegio privado que jugaba al rugby. Juntos tuvieron 8 hijos. Ella dejó su trabajo para criarlos. Ahora, en las reuniones familiares, a veces comenta sobre sus épocas de juventud y se ríe, se ríe muy fuerte. Todos los tíos se ríen muy fuerte. Nos miran a Luji y a mí con nuestros tops y nuestros tatuajes y nuestras ideas del género fluido y se ríen. Para ellos, Judith Butler es solo una comediente.

En mi familia paterna, la soltería por soltería es sinónimo de fracaso. Mis tíos están casados y tienen de 5 hijos para arriba o son numerarios del Opus y están consagrados a dios. Mi papá, por ejemplo, tuvo 5 hijos con mamá. Él quería más, quería 8, pero mamá estaba totalmente sobrepasada, y decidió ponerle un freno.

Mis papás se separaron cuando yo tenía 7 años. Nos llamaron a mí y a Luji a nuestro cuarto, nos sentaron en las camas y nos dijeron que de ahora en adelante papá no iba a estar durmiendo más en casa. Nosotras no lloramos, no hicimos preguntas. Simplemente volvimos a tirarnos en los puffs del pasillo para retomar el capítulo de Hannah Montana que habíamos interrumpido, los pies descalzos apoyados contra el piso de cerámica.

En cambio, cuando mamá le dijo a papá que se quería separar, a él se le cayó el mundo entero. Su religión le dictaba tener un matrimonio para toda la vida, y él estaba dispuesto a sacrificar todo en pos de eso, pero nunca había contemplado que la otra persona se rindiera. ¿Y ahora qué hacía? ¿Luchaba para volver? ¿Se resignaba a morir solo?

Hace unos años, papá empezó un proceso para anular el matrimonio con mamá. Se había enamorado de otra mujer, Sofía, y quería volver a casarse por iglesia. Finalmente, le concedieron la nulidad, así que, unos meses más tarde, pasó lo increíble: papá se paró en el altar por segunda vez con un traje tipo pingüino mientras miraba a Sofía caminar con el velo que barría el piso.

Para el casamiento de papá y Sofía solo tenía una cosa clara: no quería ponerme un vestido. Ya tenía 17 años, y no había nada que él pudiera prohibirme. Así que empecé la búsqueda de algo más parecido a un traje. Al final fui con unas calzas negras, un top escotado, un saco, las uñas pintadas de rojo, el pelo bien tirante en una colita y los labios también de rojo. Es hasta el día de hoy que, cada vez que ve una foto mía con ese conjunto, papá me mira serio y dice “demasiado largo ese escote”.

Sofía, en cambio, entiende. Son jóvenes, dice, es lo que se usa. Ella es una diseñadora de modas que, cuando nació Maggie, abandonó su trabajo para dedicarse a la crianza. Solo mantuvo su puesto en una empresa más chica que se dedica a vender cosas de cocina, como manteles y delantales. Es un trabajo de medio tiempo, flexible, que ella insistió en mantener.

Dos años después de Maggie, nació Clara. Las dos suelen andar con vestidos floreados y vinchas o moños, muchas veces combinadas. Tienen muñecas, un juego de cocina, maquillajes, pinturas, un carrito para bebés y muchos animales de plástico. Cuando voy a su casa, me la encuentro a Sofía cocinando y cuidando a las chicas mientras papá mira la tele con una cerveza en la mano. Limpia los platos, eso sí, una de las cosas que aprendió después de un matrimonio fallido.

Su sueño frustrado sigue siendo que a Luji y mí nos guste la cocina. Cuando era más chica, siempre insistía con que de grandes no teníamos que trabajar, sino cuidarlo a él. Me tienen que cuidar de viejito, nos decía. ¿Por qué nosotras y no los chicos? Porque las mujeres son las que cuidan a los papás.

La Navidad en la que yo tenía 10 años, mi abuela paterna nos dijo que tenía un regalo especial para nosotras, pensado con un propósito. Lo dijo con la cara inclinada para abajo, el pelo con su textura de nube flotando alrededor de los ojos celestes. Fue a su cuarto y volvió con dos delantales de cocina. El de Luji era de color azul. El mío era cuadriculado, gris y negro, con unas tiras blancas que se ataban en la espalda. Nos lo probamos ahí, en frente de todos los tíos. ¡Qué lindas las cocineras!, nos dijeron. Eran largos, nos llegaban hasta la altura de las rodillas. Pude ver que a Luji se le asomaban las piernas flacas por abajo.

Mi abuela sonrió, a ver cuándo los estrenan, me susurró en el oído. Después volvió a su cuarto caminando lento, inclinándose para los costados encima de los tobillos hinchados y llenos de venas. Volvió con un pack de autitos para los chicos. Tito y José los abrieron enseguida, sin levantar el

plástico del piso. Luji y yo nos sacamos los delantales, los dejamos en el sillón y nos tiramos de panza al piso para jugar con los autos nuevos. Había uno rojo con un manubrio chiquito que se veía a través de la ventana de enfrente. Me lo adueñé en silencio.

...

Hace poco, en el taller de escritura me pidieron que describiera a una persona cercana. Yo escribí este poema sobre mi mamá:

mi mamá tiene ojos de trinchera,
un flequillo rubio que le llueve la vista
y si la abrazo a la mañana
me pide que me quede un rato más

mi mamá tiene las manos arrugadas
como las de un recién nacido.
siempre que nos prepara milanesas
deja los anillos en el mármol
y me pide que me quede un rato más

mi mamá tiene brazos fuertes, piernas
fuertes y un
corazón de deportista
porque desde chica que sostiene
a casas enteras.
entrenamos juntas
y cuando termina la clase,
me choca los cinco
y me pide que me quede un rato más

mi mamá también es mamá de mis 4 hermanos
y de como otras 11 personas.
es una abogada de multinacionales
que da órdenes a hombres de corbata
y una mujer sexy
que usa escotes en musculosas,
pero si la encuentro llorando en el auto
me abre la puerta
y me pide que me quede un rato más

mi mamá últimamente
no duerme de noche,
la escucho dar vueltas por el departamento,
molestar a las maderas del living

ayer volví de un bar,
encontré a mi mamá
con un cenicero enterrado en colillas
y una cerveza en la mano
mirando las fotos de cuando éramos chicos

encima del silencio que salía
de los rincones como cucarachas,
me pidió por favor que me quedara
solo un rato más, mona, un rato más

Ese mismo taller, comentando el texto de una compañera, mi profesora dijo: el cuerpo intervenido. Eso, nada más, y yo solo pude pensar en mí, en mi familia, en que mi familia es un gran grupo de cuerpos intervenidos.

....

Después de separarse de papá, mi mamá hizo un camino de “liberación”. Se alejó de la iglesia. Fue a la psicóloga. Retomó gimnasia. Empezó a tomar alcohol. De a poco se fue sacudiendo prejuicios y exigencias.

En un momento, empezó a salir con Sebas, lo que fue toda una revolución para ella que tanto había creído en el matrimonio eterno. Él le lleva 15 años. Nació en una época en la que la leche todavía se compraba del lechero ambulante y había que ir a buscarla con un frasco de vidrio. Es un hombre de palabras gruesas, pesadas, que caen como datos o realidades inquebrantables. En su vida hundió la cabeza en libros hasta que las letras quedaron impresas en su identidad.

Sebas habla mucho de historia, de filosofía, de biología, de literatura, de física cuántica. Su teoría del género es particularmente interesante. Para él, la mujer es “picky” por naturaleza, así dice, “picky”, mientras que el hombre es el que corteja. La mujer es dulce, el hombre fuerte. Está en la biología, en todos los animales, dice. También la literatura de mujeres no es buena ¿Por qué? Simplemente porque no. Es la naturaleza. Así que ahora empieza a exponer su teoría y yo pienso en cualquier otra cosa, en cuántos grados harán al día siguiente o en cómo armar un fuego en la Antártida.

Mamá muchas veces coincide con él. Para ella, la mujer es biológicamente más maternal, dulce, sensible, y el hombre tiene que ser caballero: abrir la puerta, pasar a buscar a la chica por su casa, avanzar lento. Se ríe del lenguaje inclusivo y de las abortistas.

Si mi mamá es feminista o machista, es una cuestión que todavía no pude resolver. Ella es un gran signo de pregunta para mí: la misma persona que luchó por la inclusión femenina en el mundo empresarial a la vez que criaba a 5 hijos todavía cree que una mujer que disfruta libremente de su sexualidad e invita a salir a los pibes es un “gato” o, directamente, un “horror”. La misma que defiende la independencia femenina y ayuda a chicas a conseguirla cree que una mujer que prioriza su carrera antes que a sus hijos es fría y triste.

La única conclusión a la que llego y vuelvo a llegar es que es una mujer del siglo XXI, con todas las contradicciones que eso puede acarrear. Se habla de que hay varios tipos de feminismos. También hay varios tipos de machismo. Mi mamá simplemente forma parte de algunos feminismos y de algunos machismos.

A pesar de que cree que la mujer naturalmente es más dulce, mamá pisa su trabajo y se transforma. Se vuelve intimidante. Ella misma reconoce que a veces le sale una faceta muy dura:

- Es que si no te ponés hija de puta, no te escuchan, Mili. Es terrible. Por eso hay tantas mujeres endurecidas en el mundo corporativo. Tenés que desarrollar un lado muy sargento.

La última vez que la acompañé a su oficina, noté que caminaba más derecha, con el pecho para afuera. Ese día, descubrí que mi mamá efectivamente se imponía: la gente la consultaba sobre diferentes problemas y la obedecía sin chistar. Pero también descubrí lo querida que era. Ni bien entré a su sección, su equipo entero me saludó con una sonrisa: “Qué lindo conocerte, tu mamá habla tanto de ustedes”. A donde iba, oficina que pisaba, mesa por la que pasábamos, todos nos saludaban y me decían “debés estar tan orgullosa de la mamá que tenés” o “tu mamá es un sol” y yo decía que sí con la cabeza, sí, sí, decía. Pero en mi mente pensaba que no, que mi mamá no es un sol, que en todo caso es una luna: a veces todo su cuerpo brilla e irradia tanta luz que ilumina un barrio entero, y otras es solo un haz que se esconde entre nubes, es solo una chica metida abajo de la mesa que reza para no escuchar a sus papás pelear. En esos momentos es cuando más mía la siento.